

cia en 1876, había muerto ántes de la primavera del mismo año. ¡Ojalá el olvido del opúsculo sea ligero á su autor!

Tampoco analizaremos el folleto del señor canónigo, porque no vale la pena de que lo hagamos. Su cliente no le ha inspirado esta vez nada capcioso, y parece haber agotado ya todo su depósito de cavilaciones. El abogado se agita con esfuerzo, y como último recurso, se agarra en la famosa Tradición de tres siglos y medio, olvidando que d'Avezac, su propagador, tenía más edad que ella. Este dedichado trabajo vá particularmente dirigido contra la *Civiltá Cattolica* por no haberse dignado honrar con una crítica su folleto intitulado *la Canonizacion de Cristóbal Colon*. ¿Cómo no ha comprendido el señor Canónigo la lección que envolvía este silencio? ¿Podía pensar que la publicación más eminente del Catolicismo se ocuparía seriamente de una elucubracion escandalosa, y le consagraria un artículo especial?

Sólamente haremos notar una línea del último opúsculo del adversario, porque es como si dijéramos su quinta esencia. El autor declara á sus compatriotas que debieran «estar avergonzados (1) de haberse dejado deslumbrar por el *descaro de un extranjero*.» El *extranjero* es quien escribe estas palabras. Tocante á su descaro, ha recibido su recompensa de varios gobiernos y merecido el elogio del inmortal Pio IX; no tenemos pues que sentirlo. Léjos de ofendernos las insolencias del señor Canónigo, nos hemos complacido en citar algunas. Y sólo subrayamos las palabras *extranjero* y *descaro* porque son un signo del carácter particular de la oposicion que nos hace.

En sus tres principales escritos contra nosotros descubre el señor Canónigo grande antipatía hacia Francia. Se burla del espíritu y del entusiasmo frances. Hasta sospecha de las simpatías cristianas de Francia. Su primera diatriba contra nuestra historia de Colon contiene en ménos de veinte y cuatro páginas, nueve ataques más ó ménos directos sólo por haber nacido en Francia. Esta nacion es únicamente para él un receptáculo de la frivolidad, del orgullo, de las espontaneidades excéntricas, «el país de donde vienen las modas y las pelotas de viento (2).» De esta misma manera rechazaba veinte años atrás esta frase de José de Maistre: «La verdad necesita de Francia,» y murmuraba con tono arisco: «Conociendo los errores y males que nos han venido de Francia, diremos con toda la boca que de Maistre habria estado más en lo cierto si hubiese dicho que Francia

(1) «Abbarbagliati dalle spavalderie di uno straniero.»—SANGUINETI. *Osservazione ad un articolo della Civiltá Cattolica*, p. 11.

(2) «Dalla Francia vengono le mode, como gia vennero i palloni volanti.»—SANGUINETI. *Di una nuova Storia di Cristoforo Colombo, etc.*, p. 24.

necesita de la verdad (1).» Esta aversion del señor Canónigo hacia Francia parece muy lógica. La mentira tiene naturalmente horror á Francia, porque esta nacion se ha constituido en auxiliar de la verdad.

El señor Ángel Sanguineti nos niega sólo por haber nacido en Francia el derecho de amar á Cristóbal Colon, y dice: «Protestamos con todas nuestras fuerzas contra esos extranjeros que aparentan interesarse por nuestra gloria y nuestra fé (2).» No puede tolerar que un extranjero, un frances particularmente, se permita apreciar á un genoves. Esta manera mezquina y reducida de convertir en cuestion de fronteras ó de municipio una gloria tan universal como la de Cristóbal Colon, demuestra lo poco que comprende su grandeza humana ese adversario del gran navegante. Pero con mucho mayor motivo deja de comprender su sublimidad religiosa.

Su antipatía por Francia nos hace reflexionar.

Prescindiendo de muchas observaciones que se nos ocurren, no admite que un protestante pueda ver ménos claro que un católico, en las cuestiones de historia y arqueologia (3). Por consiguiente juzga que un luterano, un metodista ó un cuáquero son tan aptos para juzgar la historia eclesiástica y los actos del Papado como lo eran un Láinez, un Canisio, un Suárez, un Belarmino; y para tratar de la arqueologia cristiana con tanta rectitud como un P. Kircher, un Bosio, un P. Marchi. Tambien hace un entusiasta elogio de la biografía de Colon por el protestante Washington Irving, cuyo compendiador se ha hecho y declara que ese protestante ha quitado á todo escritor la esperanza de aventajarle. Por consiguiente, en su concepto, nosotros hemos sido muy osados al tratar este asunto consagrado á la pluma del protestantismo que, efectivamente, hasta nosotros, tenia arrogado su monopolio. Sostiene que es extremada injusticia acusar á los protestantes de haber alterado la historia del gran navegante. Encuentra la historia del protestante Irving más útil para la causa del Catolicismo que la publicada bajo los auspicios del Sumo Pontífice. Sus simpatías protestantes se sublevan cuando la *Unitá Cattolica* dice con tanta exactitud que Cristóbal Colon fué desconocido y desfigurado hasta ahora. Exclama indignado: *desvergonzada é hiperbólica mentira!* Afirma que todos, hasta los niños, sabian lo que nosotros decimos haber descubierto, esto es: que Colon fué un excelente católico, que referia á

(1) «Diremmo su due piedi che meglio avrebbe detto il de Maistre se avesse detto che la Francia ha bisogno de la verita.»—SANGUINETI. *Di una nuova Storia di Cristoforo Colombo, etc.*, p. 23.

(2) «Noi protestiamo, con quanta forza é in noi, contro quelli stranieri che affetano di mostrarsi teneri della nostra gloria e della nostra fede.»—SANGUINETI. *Di una nuova Storia di Cristoforo Colombo, etc.*, p. 23.

(3) «Non gli concederemo che un protestante, dove si tratti di cose storiche di ricerche archeologiche, di esame de documenti, non possa, per la disgrazia di essere protestante, veder chiaro come un cattolico, etc.»—SANGUINETI. *Di una nuova Storia, etc.*, p. 6.

la gloria de Dios todas sus empresas, y que proyectaba emplear para el rescate del Santo Sepulcro las riquezas que sacaría del Nuevo Mundo, y que el protestante Washington Irving tiene sobre este punto pinceladas que honrarían á la mejor pluma católica (1).

Con semejantes sentimientos de confraternidad á favor del protestantismo, admitiéndole legalmente á juzgar las cuestiones de historia, concíbese que se haya convertido en discípulo suyo en esta materia. Así es que no viendo nada extraordinario ni sobrenatural en la misión de Colon, atribuye su éxito meramente á su superioridad náutica, apoyada en el valor. Juzga que todo hombre, con la misma instruccion é igual energia de voluntad, habría llegado al mismo resultado. Por consiguiente, la propia persona de Colon no era necesaria para efectuar el descubrimiento, y el canónigo Ángel Sanguineti, fiel sectario de los historiadores protestantes, llega como ellos á decir, con el pastor William Robertson, que, si Colon no hubiese existido, no por esto hubiera sido ménos conocida la América (2).

Si tratamos ahora de consignar el verdadero carácter de la abominable oposicion que osa hacer un sacerdote á la beatificacion de Cristóbal Colon, veremos que ofrece por indicio principal la negacion, ese signo favorito del cliente cuyo abogado se ha constituido; la negacion, esa primera fórmula que empleó para con el hombre, el más antiguo de los calumniadores de este planeta.

Observadlo: el señor canónigo procede regularmente por la negacion.

Niega que Cristóbal Colon fuera necesario para doblar el espacio del Globo.

Niega que los escritores protestantes y racionalistas hayan desfigurado su historia.

Niega que esta se haya conocido mal hasta nuestra época.

Niega que se hallen en Cristóbal Colon las virtudes cristianas ejercitadas hasta un grado heróico.

Niega que Cristóbal Colon haya podido ser restituído á la Iglesia, porque nadie le habia hecho salir de ella.

Niega que el jefe del Catolicismo haya mandado escribir su historia.

Niega que esta historia se haya compuesto de distinta manera que por el sentimiento y la imaginacion.

Niega que el Papa Pio IX haya puesto el pié en el Nuevo Mundo.

Niega toda relacion entre su Pontificado y la resurreccion de la fama de Colon.

(1) «Ma Washington Irving ha su questi particolari delle peggiorate ammirabili, da onorarsene qualun-
que penna cattolica.»—SANGUINETI. *La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, p. 11.

(2) SANGUINETI. *Di una nuova Storia, etc.*, p. 15.

Niega por otra parte esta resurreccion.

Niega los dones sobrenaturales concedidos al navegante genoves, y no vé en el más que un sabio marino.

Niega con mucho mayor motivo, los milagros hechos para él ó por él.

Niega que sepan su historia los Príncipes de la Iglesia, los Primados, los Arzobispos y Obispos que firmaron el Postulado para la introduccion de su causa.

Por lo que á nosotros toca, no negamos que el señor Canónigo haya satisfecho á su temible cliente por sus reiteradas negaciones, pero no nos tomaremos la molestia de rebatirlas, porque nos dispensa de hacerlo otro trabajo que tenemos publicado. Allí quedan en pié nuestras afirmaciones precisas, documentadas, inquebrantables, que reducen á la nada, de antemano, las sofisticas distinciones y negras sutilezas inspiradas por el averno.

La táctica seguida por el señor Canónigo descubre su terrible origen. Consiste en repetir imperturbablemente las mismas calumnias, sin tener jamas en cuenta su refutacion. De este modo se ha formado la supuesta tradicion contra la moralidad de Colon. Ahora só pretexto de preservar de todo error á la Sagrada Congregacion de Ritos, el señor canónigo Ángel Sanguineti le hace saber de antemano que Cristóbal Colon acuñaba moneda con la carne humana, vendiendo esclavos; que profanaba el nombre del Señor, haciéndole servir para sus truhanerías, escamotear viveres á los indigenas, explotar su ignorancia astronómica, y burlarse de ellos á la luz de la luna. Denuncia su vanidad, su codicia, su amor á las dignidades y honores. Hace ya veinte años que pulverizamos estas acusaciones miserables. Callando nuestra refutacion, las repite y presenta como si fueran nuevas. Aquí no entramos en ningun detalle, porque no queremos discutir con el abogado de Satanás. Sólomente dejamos sentado que la guerra declarada al sentimiento por él y sus amigos entra en la categoría de la lucha de la mentira contra la verdad. Como quiera que los que no admiten sentimiento en la historia, no han podido destruir ninguna de nuestras afirmaciones, quebrantar ninguna de nuestras deducciones, esperan desprestigiar nuestra obra por medio de esta acusacion de sentimentalismo, queja elástica y vaga que no puede extenderse á todo, porque no se funda en nada.

Si á lo ménos esos severos académicos, que excluyen de la historia el sentimiento, nos ofrecieran por via de compensacion de su destierro, la exacta nocion de los hechos y la comprension de los textos, fuera ménos mal, pero, ¡ay! en semejante materia la ignorancia corre parejas con la presuncion. Hablan de Colon, como lo haria un ciego tratándose de colores. Suplicamos que se nos dispense la vulgaridad de la comparacion, puesta al nivel de su talento. No les haremos nosotros un cargo porque no comprenden la grandeza de nuestro héroe: en vano lo intentarían, porque su naturaleza les aleja de ello, y su sistema se lo impide.

Sólo por el sentimiento podriase comprender al gran Colon. Pues bien, segun ellos, el sentimiento es cosa vedada en historia. No intentaremos convertirles; sólamente defenderemos la verdad contra las preocupaciones protestantes y racionalistas de los canónigos académicos que, apoyados por los dos devotos directores del *Giornale Ligústico*, se oponen á la glorificacion de su compatriota, aquel navegante cuyos «inmensos descubrimientos fueron menores que su fé,» segun la expresion admirablemente feliz del Reverendísimo sacerdote Julio Morel.

CAPÍTULO X.

GUERRA DECLARADA POR LOS ACADÉMICOS GENEVESES AL SENTIMIENTO EN LA HISTORIA.
—ERROR GENERAL DE LOS BIBLIÓGRAFOS Y BIÓGRAFOS RELATIVAMENTE AL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA EN QUE VINO AL MUNDO EL REVELADOR DEL GLOBO.—INFLUENCIA DIRECTA Y PERSONAL DEL HÉROE EN SU SIGLO.—CRISTÓBAL COLON MÁS GRANDE DE LO QUE SE LE HABÍA CREÍDO.—LA VIDA DE CRISTÓBAL COLON MANIFIESTA LA ACCION DIVINA EN LA HUMANIDAD.

§ I.

Cuando escribiamos la verdadera historia de Cristóbal Colon, no ignorábamos cuanto chocaria nuestra obra con las ideas generalmente admitidas por los bibliógrafos discípulos de la llamada filosofia histórica. No ocultábamos de ninguna manera nuestra resolucion de escribir segun nuestro propio sentimiento de los hechos: «Existe una camarilla de escritores que no aprecia la historia sino en cuanto está escrita por la inteligencia con falta de corazon, ni al historiador sino con la condicion de contener en los términos de una fria elegancia las delicadezas de una idea desecada á fuerza de circunspeccion y de timidez.» Declarábamos tambien desde un principio que no nos sujetábamos al yugo de esa escuela tan mezquina en sus miras como pedantesca en sus fórmulas. Por consiguiente, léjos de proscribir nosotros el sentimiento, le hemos dado oidos y le hemos seguido. El hacerlo no era simplemente nuestro derecho, era tambien nuestro deber, y lo hemos cumplido.

La camarilla genovesa nos acusa de sentimentalismo. Ella sola ha inventado esta acusacion, pero, la aceptamos por esta vez y contestaremos que si la verdad constituye el poder de la historia, el sentimiento hace la fuerza del historiador. Porque el sentimiento es el que depura la intuicion, revela el sentido de las palabras, ensancha los aspectos, aclara los acontecimientos, dilucida las dificultades y resuelve los problemas á menudo áridos de las divergencias y contradicciones históricas. Sin sentimiento, no puede adquirirse siquiera conocimiento de los hechos. ¿Sabeis lo qué es el sentimiento, objeto de vuestros desdenes, redac-